# Diógenes

Mr. Papageno

Image not found.

# Capítulo 1

**Diógenes**

He aquí la luz. Al levantar la persiana los objetos volvieron a aparecer. Luego de comprobar que cada cosa estuviera en su lugar (o esa fue la impresión que tuvo, quizá la primera impresión desde que salió de la cama), los ojos de Diógenes alcanzaron a ver un papel sobre el escritorio. El Tío le avisaba que había salido y que no sabía si iba a volver para el almuerzo.

Diógenes leyó y releyó la nota. Luego solo leyó su nombre.

El engendrado por dios. Pero no por el dios cristiano sino por un dios griego cuando los dioses griegos vivían. Dios no existe. Diógenes no existe.

Ojalá su nombre y él fuesen los únicos, pensó. Así la aporía quedaría reducida a la siete mil millonésima parte según la estimación del último censo mundial. Pero lo cierto es que existen muchos otros nombres que derivan de dios: Teo, Teodoro, Teófilo, Amadeo (éste del latín). Los alemanes: Gottfried, Gotthold o Gottlieb. Y volviendo a los griegos: Apolodoro y Apolonio. Etcétera. Diógenes trató de pensar en los nombres de dioses encerrados en aquella torre de Babel.

Pensó en la prohibición de aquellos nombres. En un estado ateo, en lo absurdo que sería permitir que los hijos de ese estado lleven nombres de dioses. Pensó en esa guerra colosal y en su ideólogo, un teólogo resentido. Pensó en otras medidas que deberían tomarse en busca de cierto rigor ideológico, por ejemplo: la supresión de la metafísica de la vida del estado, extirparlo como se extirpa un pulmón muerto y hacer formalmente de la filosofía una filosofía desustanciada. Y como sucede desde que el mundo es mundo, pensó, ante actos semejantes un sector de la sociedad se opondría. No sin motivos se unirían creyentes seculares, religiosos, agnósticos, metafísicos y todo hombre cuyo nombre denote a dios más allá de sus ideas y convicciones.

Más allá de los nombres derivados de los dioses, los hay aquellos que tienen como referencia a un santo o a un mártir y así Jorge es san Jorge de Capadocia e Ignacio es san Ignacio de Loyola. Así el estado comenzaría su labor a través del juicio al nombre y terminaría, en caso de llegar a ese *sprint* final, con la disolución de la tradición o su metamorfosis.

Pensó en los conversos. Pensó que si de él dependiera entonces no haría nada. Nunca dependería de él. Rezó porque el estado, en caso de vencer, lo reclutara para el Ministerio de Nombres, sería entretenido imaginar nuevos nombres. Pensó que si el estado era vencido entonces nada

cambiaría, se encontraría en su cuarto, despierto, leyendo la nota del Tío donde le anunciaba que quizá no llegaría para el almuerzo.

Leyendo la nota, Diógenes comenzó a caminar en dirección a la ventana. Esquivó con éxito la silla que se encontraba desde siempre a mitad de camino entre la cama y el escritorio. Le tomó siete pasos. Siempre le había tomado siete pasos ir desde donde estaba hasta la ventana. Empezaba a sofocarse: no entendía por qué seguía leyendo la nota. Hubiera podido recitarla de memoria, pensó. Al séptimo paso Diógenes tocó el marco de la ventana. Diógenes, Diógenes, Diógenes, Dió-genes, Dió-ge-nes, Di-ó-ge-nes, D-I-O-G-E-N-E-S, D, D, D… La luz iluminó el papel, la letra se hizo más nítida, los ojos aletargados se escondieron detrás de los párpados. Abrió el ojo derecho. Todo atisbo de duda quedó fulminado. Abrió el ojo izquierdo: Diógenes. Su mano derecha se posó sobre la traba. La ventana finalmente cedió.

Dejó la nota sobre el escritorio y salió del cuarto. Era tarde.